

# APEL·LES MESTRES

## EL GNOMO

### *NOTA INTRODUCTORIA, TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Apel·les Mestres (1854-1936) es quizá más conocido hoy por su amplia obra gráfica publicada. Por ejemplo, su libro *Cuentos vivos* (1882), que se compone de tres relatos constituidos por dibujos y breves pies de página narrativos, es una obra pionera de la historieta en España, un género al que Mestres volvería en bastantes ocasiones a lo largo de su carrera artística. Sus abundantes dibujos en la prensa, tanto en castellano como en catalán, hacen de él uno de los más fecundos y apreciados ilustradores de su tiempo. Sus ilustraciones de estilo modernista han hecho también que las ediciones de las obras en que aparecen se consideren hoy verdaderas joyas bibliográficas. Entre ellas, destacan las que dibujó para sus propios libros, pues Mestres compartió con su coterráneo Alexandre de Riquer (1856-1920) el don de ser tan buen dibujante como escritor. En prosa, Mestres es autor, por ejemplo, de varios relatos en que los animales y su entorno natural crean un universo de poética fantasía en el libro titulado *Quèntos bosquetans* [Cuentos forestales] (1908). En verso, se distinguió por alejarse de los temas legendarios e históricos locales que abundan en la poesía narrativa de raigambre romántica y nacional predominante hasta la Gran Guerra en catalán y en otras lenguas europeas. En efecto, hubo en todo el continente en el siglo XIX numerosos bardos

nacionales que se esforzaron, consiguiéndolo más de una vez, por dotar a sus literaturas de epopeyas dignas de las antiguas, aunque sus temas fueran nuevos, al inspirarse a menudo en el acervo folclórico y en el pasado nacionales, y generalmente con nuevos tipos de escritura más flexibles y variados que los comunes en la epopeya *regular* antes predominante.

Entre aquellos poetas nacionales, los de lengua catalana fueron los principales en España, pues si en castellano apenas ha pervivido hoy como autor épico canónico José Zorrilla (1817-1893), siguen reeditándose y estudiándose hoy los poemas épicos catalanes extensos de Jacint Verdaguer (1845-1902), tales como la original fusión de mitos griegos y hebreos con elementos especulativos que es *L'Atlàntida* [*La Atlántida*] (1877), y los breves de Joan Maragall (1860-1911) como «El comte Arnau» [*El conde Arnau*] (1900-1906-1911), que se basa en una balada fantástica popular, y de Miquel Costa i Llobera (1854-1922), cuyo poema «La deixa del geni grec» [*El legado del genio griego*] (1902), recogido con otras narraciones en verso más breves en el libro *Tradicions i fantasies* [Tradiciones y fantasías] (1903), constituye una lograda recreación de un ambiente protohistórico.

Aunque todos estos poemas acogen importantes elementos fantásticos y

sobrenaturales, todos ellos se inscriben en la historia o el mito de un territorio, sea este la Hispania entera, la sierra catalana o la Mallorca talayótica, por lo que su concepción mira más bien hacia el pasado romántico en la medida en que su propósito más o menos expreso es glorificar lo propio, lo distintivo de una cultura y etnia determinadas. En cambio, Mestres prefirió seguir su propio camino. Aunque algunas figuras del folclore, tales como la *dona d'aigua* u ondina catalana, también lo inspiraron, su musa épica se sintió más atraída por los mundos fabulosos de la materia arábica, como en «El desig» [El deseo], publicado en *Poemas de terra* [Poemas de tierra] (1906), del maravilloso cristiano, como en el poema fáustico *Gaziel* [Gaziel] (1891), y especialmente de los seres elementales. De hecho, Mestres consiguió escribir verdaderas obras señeras de la clase de fantasía protagonizada por aquellos seres, una clase de fantasía que en otro lugar hemos denominado *elficológica* o *feérica* y que definimos como aquella «compuesta de aquellas ficciones en que espíritus elementales como los gnomos o las hadas no aparecen aislados en sus relaciones con los humanos en el universo convencional de lo maravilloso, sino que se les presenta constituyendo comunidades propias, sociedades dotadas de sus propias características ontológicas y su propio funcionamiento, derivado de esas características. Estas sociedades se acercan tanto más a la fantasía épica cuanto más consistentes y autónomas sean con respecto a la humanidad, sobre todo si los propios seres humanos brillan por su ausencia en ellas, de forma que el mundo primario o fenoménico humano y el secundario elficológico son entonces plenamente independientes entre sí, a diferencia de lo que suele ocurrir en los cuentos

de hadas. Incluso si existe una interacción entre un mundo y otro, se suele limitar a la intrusión de personajes humanos en el espacio feérico o viceversa, pero que sin que ello suponga un entrelazamiento entre ambos mundos, los cuales mantienen su carácter paralelo. La comunidad de espíritus elementales y seres feéricos tiene sus propios espacios (bosques solitarios, cuevas, lagos y otros lugares caracterizados por la ausencia de seres humanos en circunstancias normales), su propio ordenamiento derivado de las características propias de cada especie [...], sus propias costumbres e, incluso, su ritmo temporal propio de seres que viven siglos. Todo esto determina su carácter plenamente secundario<sup>1</sup>.

Gnomos y sílfides protagonizan, por ejemplo, una historia de amor frustrado en el poema narrativo más extenso y conocido de Mestres, titulado *Liliana* (1907), que se publicó en un volumen con bellísimas ilustraciones propias y traducción al castellano, con el mismo título, de José María Arteaga Pereira (1846-1913). El bosque poblado por gnomos en el que la sílfide Liliana introduce una clase de belleza femenina, a la vez ideal y corporal, que seduce a aquellos, los cuales parecen haber desconocido antes la pasión amorosa, es un espacio ajeno a lo humano, un mundo secundario paralelo al primario nuestro, aunque este último irrumpe en aquel de forma violenta, al querer introducirse en él unos cazadores y sus perros. Los seres elementales del bosque consiguen repeler esta amenaza humana y preservar por el momento su propio mundo, el cual supera mediante su solidaridad frente a los hombres sus propios conflictos internos causados por la diferencia de costumbres y sentimientos entre las distintas especies de seres elementales.

<sup>1</sup> «Vicente Risco y la fantasía elficológica o feérica modernista en España: edición y estudio de “El tesoro de Koirán” (1910)», *Alambique. Revista Académica de Ciencia Ficción y Fantasia*, 9, 1 (2022), art 1, <https://digitalcommons.usf.edu/alambique/vol9/iss1/1> (Acceso: 27 de abril de 2023)

Estos conflictos habían sido el objeto de otro poema elficológico de Mestres que cabe considerar el principal precursor de *Liliana*, aunque es mucho más breve. Titulado «El gnomo» [*El gnomo*], el autor lo dio a conocer en el volumen ya citado de 1906 *Poemes de terra*<sup>2</sup>, con bellas ilustraciones propias que también parecen anunciar las de su posterior poema feérico principal. El título señala que, a diferencia de la sílfide Liliana, es el gnomo el personaje en que se focaliza la delgada acción contada, aunque no se presenta como un individuo con una psicología particular, sino más bien como un tipo. Sin nombre propio, representa la figura del gnomo por excelencia, tal y como venía caracterizado por una larga tradición folclórica y literaria. Los enanos gnomos barbudos son seres que no viven sino para atesorar piedras preciosas en las cuevas subterráneas donde moran, en la egoísta soledad de la avaricia y sin intentar siquiera constituirse en una comunidad propiamente dicha junto con otros miembros de su especie. Estos rasgos los hacen opuestos a los elfos. Según los describe Mestres en el poema, los elfos no son todos varones solitarios como los gnomos. Los diminutos elfos y elfas viven gozosos en el seno de una verdadera comunidad, entregados al disfrute de la vida al aire libre, en medio de la naturaleza del bosque, entre cantos y danzas, ajenos a lo que no sea ellos. Pero su felicidad y belleza no han pasado desapercibidas. El poema se inicia con la imagen del gnomo cargando un pesado saco, cuyo precioso contenido de diamantes le servirá para atraer la atención de los elfos y, especialmente, de las elfas, a quienes intriga y seduce el brillo de las gemas. El gnomo espera así realizar su deseo de casarse con una de ellas. Su estratagema da resultado. Una hermosa

elfa accede a acompañarlo a su cueva, pero el final del poético cuento no hace sino subrayar la incompatibilidad insuperable entre ambas especies, debido a sus opuestas concepciones de la existencia y al género de vida tan distinto que se deriva de ellas, sin que parezca que pueda haber siquiera una voluntad de acercamiento y comprensión mutua. Ni siquiera el enemigo exterior, el ser humano, puede reunir las dos especies de elementales, ya que el bosque de «El gnomo» es uno del que los hombres están ausentes, sea porque la historia se desarrolla en un tiempo mítico y maravilloso ajeno al humano o porque lo hace en un plano independiente, en un mundo secundario en cualquier caso.

La ausencia de seres humanos también puede explicarse por la índole diferente del conflicto central en «El gnomo». Ahí no se enfrentan dos mundos como en *Liliana*, a saber, el de la naturaleza virgen del bosque y de los seres que viven en armonía con él y el de los hombres que quieren depredarlo por el placer mismo de la destrucción. La oposición simbólica se da en «El gnomo» entre una idea egoísta de la existencia, basada en la acumulación de bienes materiales de propiedad personal, sin otro fin que la propia acumulación, y otra basada en el hedonismo y la comunidad, en la que todo es de todos. Este conflicto simboliza probablemente la oposición candente en la época entre los artistas y los burgueses *filisteos* que no los valoraban como aquellos creían merecer por su arte, y también la no menos candente entre el capitalismo privado, basado en el enriquecimiento de los particulares, y los ideales comunistas de una sociedad de solidaridad integral, en la que el individuo disfrutaría de un sentimiento total de pertenencia, según los utopistas que inspiraban el movimiento obrero revolucionario.

<sup>2</sup> La traducción que sigue es la de la primera edición: Apel·les Mestres, «El gnomo», *Poemes de terra. Llibre primer*, Barcelona, Antoni López, 1906, pp. 47-70. Como no se ha reeditado, que sepamos, añadimos en apéndice el texto original con ortografía actualizada.

Tal esquema pasa voluntariamente por alto los variados matices de la realidad contemporánea, pero su maniqueísmo no choca en un universo ficticio que no es humano. En la realidad paralela de los seres elementales, las leyes del comportamiento son distintas a las que llevan milenios moviendo a la humanidad. Los seres elementales parecen obrar según les dicta su especie. En consecuencia, carecen de toda profundidad psicológica y social, pero eso no quita valor al poema, porque este es coherente en todos los aspectos de su mundo secundario y, además, dicho mundo aparece dotado de un grado de detalle que determina su veracidad. La pluma de Mestres confiere al ambiente descrito

y a los seres elementales que allí están un aire de cosa vista, con una expresividad comparable a la de las propias ilustraciones. Estas, al igual que los versos, fusionan la verdad de lo que aparece como real y la estilización poética de la ficción, que no hemos de olvidar que es inventada. También las curvas que predominan en los dibujos concuerdan con el dinamismo de la narración, con abundantes diálogos y un verso ágil y musical que, sobrio en figuras retóricas, contribuye a la fluidez del conjunto, tal vez más incluso que en *Liliana*. Por eso, y por su originalidad dentro de la épica modernista, creemos que merece recuerdo y traducción.

# APEL·LES MESTRES

## EL GNOMO

### I

Por entre las raíces de un abeto milenario, el gnomo asomó su cabecilla barbuda; miró a un lado y otro, enderezó las orejas y escuchó en derredor... En fin, convencido de que estaba bien solo y nadie lo espiaba ni lo oía, tapó la entrada de su madriguera con una masa de musgo, se encasquetó la capucha hasta los ojos y, exhalando un suspiro y echándose a la espalda un saco de diamantes, que no diré lleno sino a rebosar, y reconfortado por el peso, emprendió resuelto su expedición nocturna. Mucho más que caminar, se deslizaba por la maleza como lo hace el lagarto, silencioso y asustadizo, unas veces agachándose al pasar bajo un hongo deforme y otras haciéndose a un lado para evitar un gusano.

Y cautelosamente, doblado hasta el suelo bajo el saco de diamantes que le cansaba los puños, se detuvo a tomar aliento tras llegar al lindero del bosque y resopló con orgullo. Vio extenderse, hasta perderse de vista, el valle que la luna llena bañaba de luz, y le pareció, a pesar suyo, un hermoso espectáculo, sublime, maravilloso. Allá abajo, lejos, muy lejos, sobre los trigos verdeantes danzaban alegremente los elfos diminutos.

### II

Y veía las gentiles y graciosas figurillas tejer y destejer corros que daban vueltas, ya flotando en el espacio como jirones de niebla,

ya hundiéndose entre las briznas del trigo primaveral.

¡Ah, qué suaves llegaban hasta él sus cánticos! ¡Qué claras y vibrantes percibía sus voces y risas argentinas con notas de cristal! ¿Qué cantaban?... Canciones que le eran desconocidas, que vibraban a lo largo y ancho del firmamento al compás del canto llano misterioso que flauteaban graves los sapos ventrudos acuclillados entre la hierba. El enano, arrobado, miraba y se estremecía... De pronto se escapó un gran suspiro de su pecho; se enjugó el sudor que empapaba su frente y brillaba perlado su barba de nieve. Y cargando otra vez el saco a su espalda, retomó más atrevido el camino del valle.

### III

«¡El gnomo, el gnomo! ¡El viejo!», gritaron los elfos deshaciendo de súbito el corro flotante y, huyendo dispersos como una bandada de mariposas, fueron a rehacerlo más allá, mucho más allá.

—Sí, ¡el gnomo, el viejo! ¿Y qué?... ¿Os digo acaso? ¡Mentecatos, impertinentes! — gruñó malhumorado, y sentándose en un hoyo, posó entre las piedras el saco de diamantes. Mientras tanto, más confiados, algunos elfos siguieron riendo y dando vueltas a su lado, sin temer al intruso, sin parecer darse cuenta de que el enano estaba allí. Y él, el enano, arisco, haciendo como si no los viera, desató el saco lenta y gravemente, y hundiendo en él los dos

puños, empezó a sacar manotadas de diamantes. Y los hacía ir y venir, saltando de una mano a otra, y lanzaba de vez en cuando alguno al aire, como si los tirara por juego a los mosquitos que lo rodeaban o a las mariposas nocturnas que volaban soñadoras. ¡Ah, qué centelleos hacían los diamantes al saltar en el claro de luna! Se diría talmente que jugaba con estrellas que caían del cielo azul.

## IV

Uno a uno, los elfos, y sobre todo las elfas, habían enmudecido y dejado de dar vueltas y, en la punta de los brotes más altos, posados como mariquitas, observaban absortos. Y algún diamante, en fin, que al saltar fue a caer, como por casualidad, cerca de ellos, con centelleo de fuego, los incitó a bajar, a deslizarse hasta el suelo y examinar a placer el objeto prodigioso. «¡Y tiene muchos! ¡Oh, muchos más!», se susurraban con inflexiones de voz llenas de admiración. Y como si no oyese ni viese nada, el gnomo proseguía su juego. Y hacía saltar y chispear en el aire las piedras de cien toques, canturreando (por cierto, muy mal, el pobre) y esforzándose por aparentar mucha calma y aplomo. ¡Bien habría querido cantar algo, pero no sabía qué!... «Tun turuntum, ton, ton...» (no había cantado nunca), «tun turuntum, ton tena...» ¡Y cuán lejos estaba de sentir, con todo, esa calma aparente!... ¡Cómo anhelaba el corazón!

—No parece malo —murmuraba una elfa en voz baja, una elfa de ojos de cielo y alas de mariposa—. Acerquémonos más... Tal vez nos dejará ver sus estrellas de fuego.

Y rondándolo con vuelos tímidos, se fueron acercando, poco a poco, y poco a poco, al fin, las elfas más curiosas rodearon al viejo en un gracioso círculo. ¡Cómo latía, mientras tanto, el corazón del pobre gnomo! «Tun turuntum, tan, tan...» ¡Necesitó un gran esfuerzo para

deshacer aquel nudo que le encabestraba la garganta canturreando más bajo y de mal en peor!

—Santa noche —exclamó una elfa con voz dulcísima. Y el viejo, haciéndose el sorprendido y con humos de gran señor:

—¡Cómo! ¿Vosotros aquí, chiquillos trapaceros?... ¿Qué os trae aquí?

La elfa prosiguió con dulzura exquisita:

—¿Tendrías la bondad de explicarnos qué son estos trocitos de estrellas, tan brillantes, tan hermosos, que te sirven de juguete?

—¿Eso? ¡Son diamantes!

Y sintiéndose ya un héroe, exhaló un resoplido lleno de satisfacción. Su corazón alborotado empezaba a calmarse y a aflojarse ese nudo que le apretaba la garganta.

## V

Y como quien ya tiene la costumbre de la cosa, hurgando a manos llenas en el saco bien abierto, esparciendo y apilando piedras y más piedras:

—Pues sí... ¡son diamantes! —repitió satisfecho.

—Y eso, ¿para qué sirve?

—¿Para qué sirve? ¡Caramba! ¿Para qué ha de servir? ¡Para todo!... ¡Ves si sirve! No hay virtud ni poder en el mundo que ellos no tengan.

—Y estos... ¿son todos tuyos?

El gnomo estalló en una carcajada de lástima.

—¡Pero si no es nada, criatura! ¡Si no es nada!

—¿Cómo? ¿Tienes más todavía?

—¡Pero muchos más, muchísimos! ¡Mi palacio está lleno de ellos!

Las elfas se miraron con estupor. El gnomo, haciendo un esfuerzo supremo, intentó murmurar:

—Si alguna de vosotras... alguna vez, quisiera seguirme a mi palacio... y ser mi esposa... (digo esposa, ¿entendéis?), la haría señora de todos mis tesoros; ¡mi palabra es de rey!

Entonces fueron los coros de las graciosas elfas los que palpitaron galopando como corceles. ¡Oh, qué resplandores fulguraban en sus ojos! Y ¡qué fuego prorrumpió en sus mejillas de nieve!...

De pronto, la más gentil y bella de todas dijo resueltamente:

—Me voy contigo. ¡Partamos!

El gnomo se levantó, recogió sus riquezas, anudó el saco y, arrogante, dijo a la elfa:

—¡Sígueme!

VI

Y se internó en el bosque seguido de su compañera como una rata topera seguida de una mariposa ideal; y apartando de una brazada el musgo que tapaba la boca de su madriguera, entraron en ella pasando por una doble fila de luciérnagas. Como tenues claridades, reflejaban con arte las mil y una facetas de los cristales diamantinos acumulados en el antro.

Y caminaban y seguían galerías, y otra, y otra más, bajando siempre, bajando, penetrando del bracito en el corazón de la tierra, en silencio todo, todo frío, todo irisado de diamantes.

Y el Creso, lleno de orgullo, mostraba a su prometida sus tesoros resplandecientes, deslumbrantes... Pero, ay, por primera vez entonces, ¡cuán palidecidos le parecían comparados con los ojos de la elfa, tan brillantes!

VII

Pero mientras tanto la elfa se iba poniendo pálida, inquieta, triste; el corazón le golpeaba el pecho; ni siquiera parecía escuchar las palabras

del gnomo ni admirar el esplendor de aquellos tesoros sin fin.

Y sus ojos espantados miraban hacia atrás, como si temiera tal vez que aquella guarida sombría, laberinto sin fondo de abismos y corredores, se cerrara tras ella para no volverse a abrir.

Oh, ¿por qué había entrado? ¡Sentía faltarle el aire, los perfumes, los rumores, la luz, todo lo que vive! ¡No ver más el valle! ¡Enterrada para siempre!... Y tembló de horror. ¡Se ahogaba allí dentro!

—¡Basta de tesoros, por caridad! ¡Ya he visto bastantes piedras! Llévame ahora allá arriba, allá donde os reunís...

—¿Reunís?... No te entiendo. ¿Quién se reúne?

—Vosotros; allí donde se canta y parlotea y ríe.

Se detuvo el viejo y, sorprendido, contemplándola, dijo desabridamente:

—Nosotros no nos reunimos; nosotros no cantamos ni bailamos como vosotros. ¡Reír un gnomo! ¡Eso nunca! ¿Lo oyes bien? ¡Nunca se ha visto!

—Y entonces, ¿qué hacéis?...

—¡¿Qué hacemos?!

—¿Cómo vivís la vida?

—Atesoramos.

—¿Y...?

—Y atesoramos sin parar.

—Pero ¿y después?

—«Después» es para nosotros «siempre».

—¿Y por qué atesoráis?

—Por el gozo de poseer.

—Explícame este gozo que no sé entender, gozo que os hace desconfiados y ariscos y temerosos... Nosotros no sabemos qué es «poseer»; nosotros no tenemos nada, en verdad, pero todos somos amigos, porque todo es de todos.

Se miraron en silencio, un silencio angustioso, rencoroso, intranquilo, hasta que ella, jadeante, con voz dulce y mansa, le dijo sonriendo:

—¡Volvamos arriba! ¡Abramos un poquito la puerta de tu palacio malsano! Siento el corazón oprimido; la cabeza me da vueltas; ¡me hace falta aire, mucho aire! ¡Y me ahogo aquí dentro!

VIII

Tan pronto como se encontró en la entrada de la gruta, tan pronto como entrevió

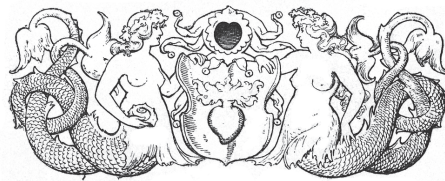
la penumbra sutil de la luna entre las hojas, cuando un perfume de flor llegó a su pecho, la elfa, abriendo sus ojos azules, radiantes de alegría, estalló de pronto en una risa vibrante, tan vibrante y sonora que el viejo se estremeció.

Y lanzándose de un salto con extraña ligereza sobre el lomo afelpado de un abejorro nocturno, partió derecha al valle donde resplandece la luna, ¡allí donde se canta y baila y parlotea y ríe!



APEL·LES MESTRES

## EL GNOMO



I

Per entre las arrels d'un pivot mil·lenari  
el gnomo va apuntar el seu capet barbut;  
mirí ençà, mira enllà, va adreçar les orelles  
i escoltà a son entorn...

A la fi, convençut  
de que estava ben sol i ningú l'espia  
ni el sentia ningú,  
l'entrada de son cau tapà amb un pa de molsa,  
va calar-se després la caputxa a ran d'ulls,  
i exhalant un sospir i tirant-se a l'espatlla  
un sac de diamants, —no diré ple, curull,—  
aplacat per son pes, sa expedició nocturna  
va emprendre resolut.

Molt més que caminant lliscava per la brossa  
com hi llisca el llagart, silenciós i poruc,  
ja ajupint-se al passar sota un bolet deforme  
ja fent-se de costat per evitar un cuc.

I cautelosament, encorbat fins a terra  
sota el sac de diamants que li segava els punys,  
una volta arribat al llindar de la selva  
s'aturà a prendre alè i esbufegà amb orgull.

Veié estendre's la vall fins a perdre-s de vista  
que la lluna en son ple rabejava de llum;  
i ho trobà, malgrat ell, un hermós espectacle,  
sublim, meravellós!

Allà baix, lluny, molt lluny,  
sobre els blats verdejants alegrement dansaven  
els elfos diminuts.



II

I veia les gentils, gracioses figuretes  
teixir i desteixir rodes giravoltants,  
ja flotant en l'espai com esqueixos de boira,  
ja enfonsant-se entre els brins del blat primaveral.  
Ah, què suaus fins an ell els seus cants arribaven!  
Què clares i vibrants  
percebia ses veus i rialles argentines  
amb notes de cristall!  
Què cantaven?... Cançons, per ell desconegudes,  
que al llarg del firmament vibraven al compàs  
del cant pla misteriós que graves flautejaven  
els galipaus ventruts entre l'herba aclofats.  
El nano, embadalit, mirava i s'estremia!...  
De sobte, un gros sospir de son pit s'escapà;  
s'eixugà la suor que son front amarava  
i en sa barba de neu llua perlejant.  
I altre cop carregant-se el sac damunt l'espatlla,  
reprengué més ardit el camí de la vall.

III

«El gnomo, el gnomo! El vell!» varen crid-  
[ar els elfos  
desfent de cop-i-volt la sardana flotant,  
i dispersos fugint com vol de papallones  
van anar-la a refer més enllà, molt enllà.  
«Sí, el gnomo, el vell! I què?... Vos dic  
[res, per ventura?  
Beneits, impertinents!» grunyí malhumorat;  
i asseient-se en un clot va posar-se entre cames  
el sac de diamants.  
En tant, més confiats, alguns elfos seguiren  
a vora d'ell rient i cantant i voltant,  
sens temor de l'intrús, sens semblar adonar-se  
de que el nano era allà.



I ell, el nano, sorrut, fent semblant de no veure'ls,  
 lentament, gravement, va deslligar el sac;  
 i enfonsant-hi els dos punys va començar a treure'n  
   grapades de diamants!  
 I els feia anar i venir saltant d'una mà a altra,  
 i n'entgegava enlaire algú de tant en tant  
 com si tirés, per joc, als mosquits que el voltaven  
 o als papallons de nit volant ensomniats.  
           Ah, quin llampeguejar, saltant al clar de lluna,  
   feien els diamants!  
 Talment s'haguera dit que jugava amb estrelles  
   que queien del cel blau.

IV

Els elfos, un per un, —i sobre tot les elfes,—  
 havien emmudit i parat de dar volts,  
 i al cim dels brots més alts, posats com marietes,  
   contemplaven absorts.  
 I algun diamant, en fi, que al saltar anà a caure  
 —com per atzar,—prop d'ells, amb espurneig de foc,  
 los incità a baixar, a escorre's fins a terra  
 i examinar a pler l'objecte prodigiós.  
           «I en té molts! Oh, molts més!» entre ells  
   [xiuxiuejaven  
 amb inflexions de veu plenes d'admiració.  
 I com, si res sentís ni res veiés, el gnomo  
   prosseguia en son joc.  
           I anava fent saltar i espurnejar enlaire  
   las pedres de cent tocs,  
 canturrejant, —per cert molt malament, el pobre—,  
 i esforçant-se a afectar molta calma i aplom.  
           Prou haguera volgut cantar alguna cosa,  
 mes no sabia què!... «Tun turuntum, ton, ton...»  
 —no havia cantat mai!— «Tun turuntum, ton tena...»  
           I quan lluny, malgrat tot,  
 estava de sentir eixa calma aparenta!...  
           Com li glatia el cor!

«No sembla pas dolent!»—murmurava en veu baixa  
una elfa d'ulls de cel i ales de papalló.—

«Acostem-nos-hi més!... Potsé'ns deixarà veure  
ses estrelles de foc!»

I rondant entorn d'ell amb voleiades tímides,  
s'hi anaren acostant, a pleret, poc a poc;  
i poc a poc, en fi, les elfes més curioses  
varen encloure al vell en un cercol graciós.

Com bategava, en tant, el cor del pobre gnomo!  
«Tun turuntum, tum tam...» Li calgué un gran esforç  
per desfer aquell nus que el coll li endogalava  
canturrejant mes baix i de mal en pitjor!

«Santa nit» va exclamar un'elfa amb veu dolcíssima.  
I el vell, fent-se el sorprès i amb fums de gran senyor:

«Com! Vosaltres aquí, canalla trapassera?...  
Què us porta en aquest lloc?»

L'elfa va prosseguir amb dolcesa exquisida:  
«Tindries la bondat d'explicar-nos què són  
aquets bocins d'estels, tan brillants, tan hermosos,  
que et serveixen de joc?

—Això? Són diamants!»

I sentint-se ja un heroi  
exhalà un esbufec ple de satisfacció!  
Son cor avalotat començava a calmar-se  
i a afuixar-se aquell nus que li estrenyia el coll.

V

I com aquell que té ja costum de la cosa,  
furgant a plenes mans en el sac ben obert,  
escampant i apilant més pedres i més pedres:  
«Doncs sí... Són diamants!» repetí satisfet.

«I això... Per què serveix?—Per què serveix!

[Lairona!

Per què té de servir? Per tot!... Vés si serveix!  
No hi ha virtut al món ni poder que ells no tinguin.

—I aquestos... Són tots teus?»

El gnomo va esclafir una rialla de llàstima.

—Però si això no és res, criatura! Si no és res!



—Com! En tens més encar? —Però molts  
 [més! Moltíssims!  
 El meu palau n'és ple!  
 Les elfes van mirar-se amb estupor. El gnomo  
 fent un esforç suprem,  
 provà de murmurar: «Si alguna de vosaltres...  
 tal vegada, volgués  
 seguir-me a mon palau... i ser la meva esposa...  
 —dic esposa, enteneu?—  
 de tots els meus tresors la faria senyora;  
 tinc paraula de rei!»  
 Llavors van ser els cors de les gracioses elfes  
 els que van bategar galopant com corcells!  
 Oh, quines resplendors en sos ulls fulguraven!  
 I quin foc va esclatar en llurs galtes de neu!...  
 De cop, la més gentil i més bella de totes,  
 «Me' n vinc amb tu, partim!» va dir resoltament;  
 el gnomo es va aixecar, aplegà ses riqueses,  
 nuà el sac, i arrogant digué a l'elfa: «Se-  
 [gueix!»

VI

I s'internà en el bosc seguit de sa companya  
 con un raf-but seguit d'un papalló ideal;  
 i apartant d'un braçat la molsa que tapava  
 la gola de son cau,  
 van entrar-hi passant per una doble fila  
 de cuquetes de llum, quals tènues claredats  
 reflexaven amb art les mil i mil facetes  
 dels cristalls diamantins en l'antre agombolats.  
 I anaven caminant i seguint galeries,  
 i una altra, i una més, sempre baixant, baixant,  
 penetrant de bracet en el cor de la terra,  
 tot silenci, tot fred, tot iris de diamants.  
 I el Creso, ple d'orgull, mostrava a sa promesa  
 sos tresors resplendents, enlluernadors... Mes ai!  
 Per cop primer llavors que esblaimats li semblaven  
 comparats amb els ulls de l'elfa, tan brillants!





VII

Però l'elfa, entretant, s'anava tornant pàl·lida,  
inquieta, trista; el cor li colpejava el pit;  
ni semblava escoltar les paraules del gnomo  
ni admirar l'esplendor d'aquells tresors sens fi.

I sos ulls esbarrats guaitaven endarrere  
com si temés potser que aquell catau ombriu,  
laberinte sens fons de abims i galeries  
darrera ella es tanqués per no tornar-se a obrir.

Oh! Per què havia entrat? Sentia mancar l'aire,  
els perfums, els remors, la llum, tot lo que viu!  
No veure més la vall! Per sempre soterrada!...  
I tremolà d'horror. S'ofegava allà dins!

«Prou tresors, per pietat! He vistes ja prou pedres!  
Porta-m ara allà dalt, allà on vos reuniu...»

—Reuniu?... No et comprenc. Qui es reuneix?

—Vosaltres;

allà on se canta i dansa i xerroteja i riu».

Va deturar-se el vell, i sorprès contemplant-la:  
«Nosaltres — amb aspror digué—, no ens reunim;  
nosaltres no cantem ni dansem, com vosaltres.  
Riure un gnomo! Això mai! Ho sents bé? Mai

[s'és vist!

—I doncs què feu ?

—Què fem?!....

— En què passeu la vida?

—Atresorem.

—I bé?

—I atresorem sens fi.

—Però, i després?

—«Després» per nosaltres és «sempre.»

—I per què atresoreu?

—Pel goig de posseir.

—Explica-m aquet goig que jo no sé comprendre,  
goig que us fa desconfiats i esquerps i esporuguits...  
Nosaltres no sabem què és «posseir»; nosaltres  
no tenim res, és cert, però tots som amics,  
perquè tot és de tots!»

Van mirar-se en silenci,  
silenci anguniós, rancorós, intranquil;  
fins que ella, panteixant, amb veu dolça i manyaga,  
somrient li va dir:  
«Retornem allà dalt! Obrem un punt la porta  
de ton palau malsà! Sento el cor oprimít;  
el cap em dóna tombs; em cal aire, molt d'aire!  
I m'ofego aquí dins!»

VIII

Tantost es va trobar al portal de la gruta;  
tantost entreveié la penombra subtil  
de la lluna lliscant al través de les fulles;  
quan un perfum de flor va arribar a son pit;  
l'elfa, obrint sos ulls blaus, radiosos d'alegria,  
de sobte va esclafir  
una rialla vibrant, —tan vibrant i sonora  
que el vell se n'extremí.

I llençant-se d'un bot amb lleugeresa estranya  
sobre el llom afelpat d'un brumerot de nit,  
partí dret a la vall on resplendeix la lluna,  
allà on es canta i dansa i xerroteja i riu!